

Leopoldo Zea (1912-2004)

Zdenek Kourim

El 8 junio de 2004 murió el filósofo mexicano Leopoldo Zea Aguilar, sin duda el más universal de los pensadores de este país y uno de los más importantes intelectuales latinoamericanos de nuestro tiempo.

Nacido el 30 de junio de 1912 en México, criado por su abuela de condición modesta, se ve obligado, antes de obtener una beca, aceptar un trabajo de mensajero en los Telégrafos Nacionales para poder reanudar sus estudios en Secundaria Nocturna y Escuela Nacional Preparatoria. Se matricula después en la UNAM, donde llega a ser maestro en filosofía con la tesis *El positivismo en México* (publicada en 1943) y doctor en filosofía con la tesis *Apogeo y decadencia del positivismo en México* que aparece en 1944, año en el cual Zea sustituye a Antonio Caso en la Cátedra de Filosofía de la Historia de la UNAM. En 1947 funda en la Facultad de Filosofía (dirigida por él en los años 1966-1970) el célebre Seminario sobre la Historia de las Ideas en América, entre 1970-1976 es director de la *Revista de la Universidad de México* y desde 1986 hasta su muerte de la prestigiosa revista *Cuadernos Americanos*. Doctor *honoris causa* de varias universidades (Atenas, Cuyo, La Habana, Montevideo, Moscú, París, Santiago de Chile), multipremiado y condecorado nacional e internacionalmente, fue también coordinador de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y Caribe (FIEALC), de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe (SOLAR), director coordinador del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CCYDEL-UNAM) y presidente de la Sociedad Interamericana de Filosofía.

El prestigio de Leopoldo Zea, debido a sus cualidades personales y el impacto de su obra en América Latina, podría compararse al crédito concedido en el siglo pasado a José Ortega y Gasset en España. Filósofo comprometido («para mí, la filosofía es política [...] La filosofía da soluciones políticas y sociales, y en este sentido es la madre de todas las ciencias»), es generalmente considerado como el primero entre los emancipadores de la filosofía latinoamericana y el precursor directo, si no fundador de la «filosofía de la liberación». Sin embargo, su com-

promiso difiere bastante del de Ortega: si su originaria y esencial inspiración proviene efectivamente del «circunstancialismo» del maestro madrileño, transmitido sobre todo por José Gaos (1900-1969)¹, expatriado en México, la praxis teórica (a fuer de actuar político) del filósofo mexicano es más dependiente del modelo inventado y personificado por Jean-Paul Sartre, a pesar de no ser tan radical y unilateral en cuanto al rechazo de formas institucionales y adhesiones ideológicas.

Aquí hay que destacar que, por espacio de más de cuarenta años, durante la colaboración con el partido gobernante (PRI), Leopoldo Zea nunca se mostró infiel a las normas que debería según su opinión observar todo intelectual que no se transforma voluntariamente en «un adorno para vestir a un determinado partido, en unas determinadas circunstancias», que no traiciona su misión: tal intelectual «no debe aceptar funciones que le sean ajenas aunque éstas signifiquen privilegios», «puestos administrativos para los cuales carezca de capacidad» y tampoco «puestos de elección popular a los cuales no pueda llegar por voluntad de sus electores como expresión del arraigo que tiene entre ellos y sus problemas y como reconocimiento de la confianza en su capacidad para resolverlos».

Designado para un cargo de director del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES), principal organismo ideológico del PRI, el filósofo mexicano se da rápidamente cuenta de la imposibilidad para aplicar sus ideas a una democratización de este partido y, finalmente, del hecho de que su vocación no es meterse directamente en la política, sino reflexionar sobre ella. Ni siquiera la aceptación del puesto de Director General de Relaciones Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores en 1960 menoscabó sensiblemente su facultad de libre ejercicio del juicio crítico, a pesar de que ésta fue a veces auto-limitada por su manifiesta voluntad de participar activamente a la «salvación» de la circunstancia actual de México y de América Latina entera, circunstancia ya históricamente y geográficamente precaria, cuyo dominio no había que subir, sino enfrentar y superar. El imperativo para comprender las razones del peligroso y creciente peso —hasta hegemonía— político, económico y cultural del poderoso vecino del Norte y la necesidad de conjurar el sentimiento injustificado de dependencia que entorpece el desarrollo de los países sudamericanos, conduce a Leopoldo

¹ «En mi encuentro con el que será mi maestro por excelencia, José Gaos, aprendí que todo auténtico filosofar parte de realidades concretas, que conocer estas realidades es filosofía. [...] Con Gaos aprendí a desentrañar las raíces de las que parecían simples abstracciones».

Zea en ciertas ocasiones a prestar apoyo apresurado y no suficientemente crítico a unos movimientos anticapitalistas, actitud que explica en particular su excesiva complacencia con el régimen castrista de Cuba.

Su trabajo filosófico constituye la ilustración ejemplar de una filosofía activa, donde lo teórico y lo práctico forman un binomio dialécticamente consecuente. En este sentido puede ser considerado como el mejor continuador del filósofo argentino Francisco Romero (1891-1962), dado que, como éste, siempre manifiesta la máxima preocupación para una repercusión efectiva de las ideas que cree necesarias a la regeneración de su continente al multiplicar los contactos con sus colegas latinoamericanos y dedicarse sin tregua a la faena organizadora en este campo.

La tarea que tiene que ser cumplida, Zea la define ya en 1942, durante sus conferencias pronunciadas en la Universidad de San Nicolás en Morelia; su punto de partida es nítidamente orteguiano: «La filosofía no es sino un afán por solucionar problemas concretos; es un tratar de contestar a los interrogantes que se hace el hombre frente a determinadas dificultades, de aquí que sus soluciones no pueden ser sino circunstanciales». Pero el filósofo comprometido debe también reaccionar a la actualidad mundial –política y cultural–, en esta ocurrencia a la crisis de los valores europeos, buscando, a partir de sus propias raíces, una salida fundada, aceptable para todos. Conque «una filosofía americana no se justificará como tal por lo americano, sino por la amplitud del intento de sus soluciones». Plantear la pregunta sobre su posibilidad e intentar a construirla no significa pues escoger arbitrariamente o por casualidad un tema entre otros, sino dedicarse al que «se impone al pensador» autóctono, ya que «la filosofía no debe ser el resultado de un *poder hacerla*, sino de un *tener necesidad de hacerla*».

De este itinerario, temprano emprendido y así trazado, Leopoldo Zea nunca se desvió. En una entrevista de 1990 precisó de qué manera se concilia en su concepción filosófica lo particular con lo general: «La esencia de la filosofía radica en el principio dual del *logos*: la razón y la palabra. Por un lado, razonar sirve para tomar conciencia de lo eterno y someterlo a las categorías de la comprensión interna y, por otro lado, el *logos* es la palabra, esa capacidad de poder comunicar a los demás lo definido. Capacidad de comprender y hacerse comprender por la comunicación. Comunicarse para que se extienda y se difunda el diálogo. Sólo en este caso puede hablarse de universalidad, porque las verdades filosóficas no son universales de por sí. Lo son sólo en la me-